

al deslumbramiento, no serán intérpretes del afán colectivo, ni gozarán jamás el transporte de sentirse como instrumentos divinos de los procesos humanos.

La valiente actitud que ustedes han comenzado a desarrollar me obliga a enviarles la palabra de mi experiencia; también el afecto me inclina a sufrir con las penalidades que azotan al Perú. No debemos ser indiferentes al dolor de ningún pueblo de la tierra, mucho menos al de un pueblo que es porción de nuestra patria Iberoamericana. No puedo olvidar tampoco la que debo personalmente al Perú en los días en que era libre y yo arribé allí perseguido y sin más título que el de ser un mexicano que había sido perseguido por todos los dictadores de su patria; y esto me abrió todas las puertas y me ganó todos los pechos. Como la visión de una vida aparte, guardo el recuerdo de aquel viaje, y tiemblo de pensar en la emoción de un retorno a Lima; me cogería el ambiente y tendría que volver a vivir las horas profundas, las horas amargas, los ásperos deleites, la asombrosa, la desgarradora vida de mis diez meses de amor, de desesperación y de videncia. Fué aquello un conflicto de la placidez de afuera y la tempestad que llevaba adentro, y tanto anegué mi alma en cosas y gentes que todavía me parece que sigo envuelto como en un aura que volvería a poseerme entero si concentrase mis recuerdos un instante. Sin embargo, los años no pasan en balde; el tiempo nos purifica, dicen los necios; yo más bien creo que nos roba, nos desvanece el tesoro de las emociones, nos deja viles y pobres; viles porque olvidamos, pobres porque perdemos porciones de la misma existencia, y así es como aquel vivir profundo se me ha ido haciendo sueño. Y ya ahora sólo guardo la visión refulgente de las moles andinas, que trepé todo un día asombroso y la noche estrellada de la Oroya y los ríos y las planicies y las cumbres de nieve y las grandes olas encrespadas de sonido y de espuma, y el mar vigorizante verde impregnado de su potencia, que penetró en todos mis poros. Veo las tabernas oscuras del Callao, en donde vagabundos de todo el planeta bebíamos aguardiente de Pisco igual que si fuera un cauterio de heridas sangrantes. Pasan más gentes, las jóvenes lindas, las matronas de ojos que humedece la ternura, los amigos cordiales, y me asalta la amargura de una vida que no volverá. Veo los desfiles militares acompañados de músicas tristes, monótonas, que me hinchaban el pecho de patriotismo peruano; un patriotismo que yo interpretaba como la afirmación del derecho divino que asiste a las razas nobles y dulces para perpetuarse en un sitio y hacer un oasis de bondad en el vasto mundo perverso. Recuerdo muchas cosas más y las comparo con las noticias que ahora llegan de allá y desde el fondo del alma maldigo a quien quiera que haya hecho o esté haciendo sufrir al Perú. Y me digo que no es gobierno honrado el que mutila la patria haciendo deportar a

sus hijos. Los honrados y los fuertes no temen y por lo mismo, no persiguen; en cambio, los que padecen terror aterrorizan. Y les repito que sin libertad y sin justicia ningún gobierno puede ser ya no digo bueno, tolerable siquiera. Pero los malos gobiernos no dependen del capricho de un hombre, sino del estado de corrupción general de una sociedad. Los tiranos se producen cuando falta una clase independiente y fuerte, es decir, virtuosa.

En la actualidad no hay nada que esperar de las clases altas porque pudiendo vivir cómodamente en cualquier parte no necesitan sacrificarse, y emigran sin oponer resistencia a la tiranía. Las clases acomodadas que en la antigua burguesía francesa pudieron ser un baluarte de las libertades públicas, ya no representan ahora ni ese papel útil, y lo único que con ellas debe hacerse es reducir sus privilegios mediante una legislación radical. En cambio, la esperanza de los tiempos actuales se encuentra en el elemento trabajador, entendiéndolo como tal, el conjunto de los que se esfuerzan para ganar el pan en todos los órdenes de las actividades sociales. La clase productora necesita hacerse del poder para socializar la riqueza, y organizar sobre nuevas bases las libertades públicas. El error de los políticos de países donde no ha prendido una revolución, ha sido confiar en la acción de personajes encumbrados, en vez de remover las mayorías trabajadoras. Recuerdo que, por ejemplo, cuando yo estaba en Lima, mucha gente ilustrada y joven puso sus esperanzas en un partido de intelectuales selectos y de señores ricos; un partido de mesas directivas sin contacto alguno con las clases humildes y por lo mismo, cuando vinieron las persecuciones el pueblo no se interesó por defenderlo. Los intelectuales sacrificados clamaron y siguen clamando en el extranjero, pero nadie los escucha, porque ellos no tuvieron en cuenta al pueblo en sus planes. Recuerdo que en aquella época, de mera política, hablando en cierta ocasión con un líder de uno de los partidos militantes le dije—abusando un poco de su benevolencia—«¿Por qué no suprimen ustedes un partido y con el dinero ahorrados limpian o canalizan el río?» En efecto, ni se pensaba en pavimentar calles, en sanear barrios, en carreteras y escuelas. Desgraciadamente, así pasa en todos nuestros países, no obstante que todo está por hacer. Por supuesto, obras de verdadera importancia social no puede ejecutarlas un tirano. Un tirano es capaz de abrir avenidas para ponerles su nombre, pero las empresas útiles y silenciosas de la civilización, sólo las realizan los pueblos en masa; no son producto de un hombre, sino de una generación que ha podido vivir laboriosa y libre. Señalo estas circunstancias simplemente como un ejemplo de la incompetencia de nuestros políticos. Se habla, se discute, se combate, pero rara vez, casi nunca, se construye. Y lo que necesitamos es una política de trabajo, con la libertad sin duda y con justicia social, pero con ardiente vocación de trabajo. Tenemos un

atraso de más de cien años, respecto al resto del mundo y sólo podríamos reparar lo perdido trabajando doble que todas las demás naciones, trabajando sin descanso, hasta que toda una generación se agote por entero en la obra modesta de alcanzar el nivel de los países civilizados. Nuestra cultura la tenemos en la mente, pero no parece por ninguna parte en la realidad. En el Perú, en México y en Chile, son los extranjeros los que hacen los ferrocarriles, los puentes, los que explotan las minas, los que regentean las grandes empresas y los criollos vivimos de la política o de la explotación usuraria de la tierra o de la miseria burocrática de los puestos del gobierno. Por eso no hemos llegado a constituir verdaderas naciones independientes, sino soberanías ficticias que dan pretexto para holgar veinte o treinta días del año en conmemoraciones de batallas estériles o de planes bastardos. De esta suerte, los mismos sucesos históricos que forman la tradición nacional se van empujando aunque sean grandes, se van empañando, porque ningún suceso humano merece el recuerdo si no ha sido fecundo, sino ha dado lugar a grandes desenvolvimientos nacionales o morales. Y nuestros propios fracasos deslustran así las grandes acciones de los fundadores de nuestras nacionalidades. Tenemos vanidad, pero carecemos de orgullo, nos creemos lo mejor del mundo, pero no nos abochorna vivir como parásitos de una patria donde es el extranjero el que explota las riquezas naturales, el que trabaja y construye. Descontentos del valer propio, no podemos llegar a constituir un pueblo, y nos dedicamos a destruirnos, de palabra y de obra. En todas nuestras acciones se revela el desprecio de cada casta contra las otras veinte en que estamos subdivididos. La casta indostánica tiene una tradición venerable y se funda al fin y al cabo, en diferencias de orden espiritual; pero las castas de la América Latina se basan simplemente en la posesión o carencia de fortuna personal y no por eso la división es menos honda. En el Perú se habla del huachafo, en Chile del roto, en el México pre-revolucionario se hablaba despectivamente del pelado. Pero en México, la Revolución puso al pelado, el hombre de campo, al humilde en condiciones de azotar el rostro del hacendado (gamonal) y de dictarle la ley; y si no se suprimen radicalmente la explotación y el abuso, el odio perdura y una nación dividida no puede defenderse de sus enemigos exteriores, ni de sus enemigos internos. Los tiranos se sostienen adulando, hoy a una casta, mañana a otra; pero sólo cuando desaparecen las castas, se establece la democracia que derriba definitivamente al tirano. Si deseamos aniquilar la tiranía no en una cabeza sino en todas sus monstruosas reapariciones, procuremos redimir al indio, al cholo, al huachafo, a todas las gentes que habitan el territorio de esa nación. Destierrende la conversación misma ese desdén, esa constante burla del pobre huachafo que a veces trabaja más que sus censores y por lo mismo, sirve mejor a la nación.